

la más grosera insensibilidad la manera desdichada como halló al Papa y á los cardenales «en una angosta sala; había entre ellos gran lamentación, y lloraban mucho; nosotros todos quedamos ricos» (1).

(1) *Leben des Schertlin von Burtenbach*, 7; cf. además Schulte, I, 237. El español Salazar refiere en 11 de Junio de 1527 á Gattinara, que á la vista del Papa y de los cardenales se movió en tanto grado á compasión, que no pudo contener las lágrimas; porque, añade, «aunque de ellos deba decirse, que ellos mismos se procuraron esta desgracia, con todo eso despedazaba el corazón ver á la cabeza de la Iglesia cristiana tan abatido y quebrantado». Gayangos, III, 2, n. 87. En 11 de Junio, Clemente VII pidió al archiduque Fernando, recabase del emperador y del ejército, se hiciese cesar la calamidad, añadiendo, que más pormenores se los referiría el portador P. Salamanca. El *original se halla en el *Archivo privado, palatino y público de Viena*.

CAPÍTULO V

Anarquía de los Estados de la Iglesia. — Esfuerzos de Enrique VIII y Francisco I para libertar al Papa. — Actitud de Carlos V. — Clemente VII huye á Orvieto.

«El Papa, escribe Guicciardini á 21 de Junio de 1527, es tratado como un verdadero prisionero de guerra. Cuesta grandísima dificultad penetrar en el castillo ó salir de él, de suerte que casi es imposible hablar con Su Santidad. Todas las cosas que se le han dejado, no alcanzan al valor de diez escudos. Diariamente se le apremia con nuevas exigencias, y no se le hace el más mínimo placer respecto de sus servidores que han quedado en la Ciudad» (1).

El ansia de saqueo de los imperiales carecía de límites; según la relación de un agente de Ferrara, Bartolomé Gattinara llegó hasta el extremo de sonsacar al Papa una sortija de diamantes que llevaba en el dedo y valía 150,000 ducados, y hacerle suscribir una cédula en que le prometía el cardenalato (2). «Hasta mi cáliz para decir misa, me han arrebatado los españoles á

(1) Guicciardini, Op. ined. IX, n. 28. Cf. Sanuto, XLV, 415; Giovio, Descrizione 18, y una *relación alemana de 5 de Junio de 1527, que se halla en las Reichstagsakten, XLIII, f. 23 del *Archivo de la ciudad de Francfort s. Mein*. V. también Lanciani, I, 243 s.

(2) Lannoy obligó á Gattinara á restituir la cédula y el anillo. *Relación de Lod. Gati al duque de Ferrara, de 6 de Agosto de 1527, existente en el *Archivo público de Módena*; cf. Balan, Storia, VI, 132.

mis propios ojos», refería el mismo Clemente VII á Roberto Boschetti (1).

El Papa no podía volver á recobrar su libertad sino mediante el pronto cumplimiento de las duras condiciones que se le habían impuesto; mas precisamente en este respecto se suscitaron en seguida las mayores dificultades. Por de pronto no obtuvieron los españoles sino á Ostia; pues en las demás partes de los Estados de la Iglesia no se hacía el menor caso de los mandamientos del Papa prisionero. Civitá Castellana estaba guarnecida por las tropas de la Liga; Civitavecchia por Andrés Doria, el cual rehusaba entregar la plaza hasta que se le hubieran pagado los 14,000 ducados que se le debían. Parma y Plasencia se negaron resueltamente á abrir sus puertas á los plenipotenciarios imperiales. Módena se hallaba desde principios de Junio en manos del duque de Ferrara (2). Los venecianos, «confederados» del desgraciado Pontífice, siempre codiciosos de extender sus dominios, aprovecharon la situación apurada del Papa para arrebatarle á Ravena y Cervia. Segismundo Malatesta, favorecido por el duque Alfonso, se había apoderado de Rímini, Imola había caído en poder de Juan de Sassatello, y Perusa en el de los hijos de Juan Pablo Baglioni (3). No menos que estas pérdidas sufridas en los Estados de la Iglesia, apenaba á Clemente VII la rebelión de Florencia, su ciudad natal.

Los florentinos, enlazados por el Papa en la confederación anti-imperial, habían tenido que hacer los más graves sacrificios pecuniarios; y para apaciguar el creciente descontento, no era á propósito el cardenal Silvio Passerini, tan inconsiderado como avaro y terco, el cual residía en Florencia desde 1524. Su dureza y falta de inteligencia exasperaron los ánimos de todos (4). A la

(1) V. la notable relación de Boschetti, publicada por Balan, Boschetti II, apéndice, p. 42.

(2) Esta importante ciudad estaba tan mal asegurada, que luego que Canossa tuvo noticia del avance de Alfonso, temió su pérdida. *Carta de Canossa á Francisco I, de 3 de Junio de 1527. *Biblioteca municipal de Verona*.

(3) Cf. Balan, Clemente VII, 68 ss., 76, 78 y Salvioli, XVII, 29 ss. La *orden que Clemente VII dió á Bart. Ferrantino (Galliae nostrae cispad. vicelegat.), con fecha 6 de Junio de 1527, de entregar la ciudad de Plasencia á A. de Leyva, se halla en Min. brev. 1527, III, vol 14, n. 98, del *Archivo secreto pontificio*.

(4) Waltz en la *Histor. Zeitschrift*, LXXII, 210, donde se muestra de una manera convincente, contra Ranke, que Guicciardini ha expuesto con verdad

noticia del asalto de Roma, respondieron los florentinos con una rebelión contra la dominación de los Médici; el 17 de Mayo el cardenal Passerini tuvo que abandonar la ciudad, con los primos de Clemente VII, Hipólito y Alejandro, confiados á su tutela (1); mientras en Florencia se acordaba el restablecimiento de la constitución popular, en los términos en que había regido antes de 1512. Nombróse Gonfaloniere á Nicolao Capponi, el cual contuvo los más graves desórdenes, pero no fué poderoso para impedir que la juventud, ebria de libertad, destruyera todos los blasones de los Médici, y aun las estatuas de León X y Clemente VII, que se hallaban en la iglesia de la Anunciata (2).

También estuvo entonces el Papa á pique de perder á Boloña (3); la situación se empeoraba de día en día; «las provincias, juzgaba Guicciardini, se hallan, por decirlo así, sin gobierno». «Nuestros males, opinaba Giberti á 27 de Junio, sobrepujan á cuanto pueda imaginarse» (4); lo cual era principalmente cierto respecto de Roma.

De qué manera se hallaran las cosas en la Ciudad Eterna, un mes después del saqueo, lo describe un español, con las palabras siguientes: «En Roma, capital del mundo cristiano, no se toca ninguna campana, ni se abre ninguna iglesia, ni se celebra misa ninguna: no hay domingos ni días festivos. Las tiendas de los comerciantes ricos sirven de cuadras á los caballos, los palacios magníficos están asolados, muchas casas incendiadas, las puertas y ventanas de otras arrancadas y robadas, y las calles convertidas en montones de fiemo. El hedor que se exhala de los cadáveres, es horrible; hombres y animales reciben una misma sepultura, y en las iglesias he visto cadáveres comidos por los perros. En las plazas se aprietan unas contra otras las mesas, donde se juegan á los dados grandes montones de dinero. El aire resuena con las blasfemias; de suerte que los buenos, si los hay, mejor quisie-

el concurso y ayuda que prestó para apaciguar el primer levantamiento de los Florentinos de 26 de Abril de 1527.

(1) Hipólito era hijo de Juliano, Alejandro pasaba por hijo de Lorenzo. Cf. arriba, p. 200, nota 5.

(2) Cf. Guicciardini, XVIII, 3; Perrens, III, 136 ss.

(3) Cf. Guicciardini, XVIII, 4.

(4) *Le calamità et miserie nostre superano tutto quello che altri si possi imaginare. Carta de Giberti á Gambará, fechada en Castel S. Agnolo, á 27 de Junio de 1527 (Casale había de ser el portador de esta urgente demanda de auxilio). *Archivo Ricci de Roma*.

ran ser sordos. No se me ocurre con qué otra cosa poder comparar esto, sino con la destrucción de Jerusalén, y no creo volver á ver algo semejante aun cuando viviera doscientos años. Ahora reconozco la justicia de Dios, que no olvida aunque llegue tarde. En Roma se cometían públicamente todo género de pecados: sodomía, simonía, idolatría, hipocresía y fraudes.—Así que, bien podemos creer no haber acontecido esto por acaso, sino por justo juicio de Dios» (1).

Pero también á los vencedores alcanzó el castigo por las crueldades cometidas; Roma se les convirtió en causa de ruina; las discordias, el hambre y la peste, amenazaban aniquilar el ejército imperial. Los soldados no obedecían ya á ningún jefe; en continua rebelión, exigían con amenazas sus pagas, y como la primera remesa de dinero entregada por el Papa se distribuyó á los lansquenets, los españoles se consideraban como perjudicados; entre el juego y las borracheras no faltaba tampoco ocasión de continuas riñas. A 10 de Junio ocurrió un sangriento choque entre los españoles é italianos por una parte, y los alemanes por la otra. «El juego, escribía Pérez á Carlos V, el 11 de Junio, está en la actualidad completamente en manos de los lansquenets, los cuales, no contentos con haber robado las casas de los ciudadanos romanos, saquean ahora también las de los capitanes españoles é italianos, so pretexto de buscar trigo, harina y vino» (2). Para prevenir ulteriores excesos, el príncipe Filiberto de Orange hizo que desde entonces patrullaran diariamente en la Ciudad tres capitanes españoles y otros tres alemanes con sus compañías, con lo cual se estableció finalmente el orden (3). Esto era tanto más necesario cuanto el hambre y la peste apuraban cada día más gravemente á los imperiales. Ya á 30 de Mayo refería Pérez al Emperador, ser la carestía de mantenimientos tan grande, que si el ejército permanecía por más tiempo en Roma habrían de morir de hambre á millares: una medida de trigo costaba 50 ducados y más, y sólo

(1) Villa, Asalto, 139 s. Cf. Baumgarten, Karl V, II, 541 s. Con esta relación española, cf. la italiana, publicada por Sanuto, XLV, 436 ss. V. también Lancellotti, III, 251, 267, 270 s., 301. Según Gualderonico, 93, sólo se decía aún misa en S. Giacomo degli Spagnoli, según el *diario de Cornelius de Fine (*Biblioteca nacional de París*), también en la iglesia nacional de los alemanes, como puede verse más abajo.

(2) Gayangos III, 2, n. 86.

(3) V. la carta de K. Schwegler en Hormayr, Archiv 1812, 446, y la relación de Naselli en Balan, Monum. saec. XVI, 441. Cf. Robert 125.

por fuerza de armas podíase mantener aún este subido precio. Aquel de los moradores que podía, escapaba; y si tal estado de cosas continuaba así, no se hallarían finalmente en Roma sino los imperiales (1). Semejantes eran las noticias que escribía Salazar á Gattinara á 11 de Junio: «Un par de huevos cuesta seis julios; y se puede afirmar con seguridad que, en lo tocante á mantenimientos y prendas de vestir, continúa aún el saqueo de Roma, principalmente por parte de los lansquenets que roban todo cuanto encuentran. Nadie puede imaginarse las crueldades que diariamente se cometen; sin respetar las clases, edades y nacionalidad, son diariamente las gentes maltratadas, atormentadas y muertas. El que no puede pagar, es vendido como esclavo en el mercado público; y cuando no hallan comprador se lo juegan á los dados, sea italiano ó alemán. Los soldados son señores absolutos de la Ciudad y no obedecen á nadie» (2). Los lansquenets tuvieron que padecer más por causa de su insensata manera de vivir: «Mueren aquí de la peste muchos lansquenets, anunciaba el 11 de Junio Gaspar Schwegler; pues beben en grande, pierden el juicio y mueren de esta suerte. Pues hay aquí vino fuerte» (3).

La estación calurosa del año, y las exhalaciones de los muchos cuerpos de hombres y animales escasamente cubiertos por la tierra, convirtieron á Roma en una «hedionda cueva de asesinos». Ya á 29 de Julio habían sucumbido á la peste 2,500 alemanes, y las calles se hallaban cubiertas de moribundos y de cadáveres (4). La peste penetró hasta el castillo de Sant-Angelo, haciendo allí varias víctimas entre los servidores del Papa (5).

Entretanto se esforzaba éste afanosamente por recobrar su libertad mediante el pago de la prometida suma de dinero. Ya antes Benvenuto Cellini, en una fragua precipitadamente impro-

(1) Gayangos III, 2, n. 82. Cf. Orano, I, 296 s. nota.

(2) Gayangos III, 2, n. 87.

(3) Carta de K. Schwegler, loc. cit.

(4) V. las relaciones publicadas por Bucholtz, III, 78, y Sanuto XLV, 434, 464, 504; XLVII, 132. Cf. también la carta de Gescheid en el Histor. Jahrbuch XII, 752; Gayangos III, 2, n. 93; Bolet. de la Acad. de Madrid XXXIX, 85, y Orano I, 293 s., nota.

(5) Guicciardini XVIII, 4. Sanuto XLV, 505. La mala calidad de agua potable influyó sin duda en la invasión de la peste, pues la soldadesca sistemáticamente había destruído los acueductos. Cf. Repertorium s. Kunstwissensch. XIV, 132. En Forcella III, 295 s. se hallan epitafios de los españoles muertos en 1527.

visada en lo alto del castillo, junto á la estatua del ángel, había fundido las tiaras, sin perdonar sino á la maravillosa de Julio II; quitando de ellas las piedras preciosas y ocultándolas; y ahora todas las otras alhajas de oro y plata, aun los cálices y las estatuas de los Santos, se echaron en los crisoles para ser fundidas (1). De esta suerte se pudo, en la segunda mitad de Junio, pagar 70,000 ducados; pero las desenfrenadas tropas exigían con amenazas mayores cantidades. Para recaudarlas dirigióse Clemente VII, á 3 de Julio de 1527, á todos los obispos del reino de Nápoles, rogándoles que le prestaran su auxilio; amargamente lamentaba su apurada situación; conforme á lo tratado debía pagar 400,000 ducados, y como todos los objetos de oro y otros metales que se hallaban en el castillo de Sant-Angelo no alcanzaban sino á 80,000 ducados, veíase obligado á implorar la beneficencia de otros (2). Pero en realidad no había tiempo para esperar el efecto de estas peticiones. El 6 de Julio hubo Clemente VII de tomar un préstamo del banquero genovés Ansaldo Grimaldi y del comerciante catalán Miguel Jerónimo Sánchez, bajo las más gravosas condiciones. Expresábase la cantidad de 195,000 escudos de oro, y caracteriza bien la situación del Papa el que, los mencionados prestamistas, dedujeron por de pronto de aquella suma, la enorme caución de 45,000 escudos. Además tuvo que empeñar Clemente VII, para seguridad del pago, la ciudad de Benevento, el censo feudal y los diezmos eclesiásticos del reino de Nápoles, y objetos preciosos por valor de 30,000 escudos (3). El aprontar en seguida otras cantidades fué imposible, á pesar de la buena voluntad del Papa (4); y excitó á los lansquenets á prorrumpir en las más terribles amenazas.

(1) Cellini I, 7. Sanuto XLVI, 135. Lancellotti III, 270. Müntz, Hist. III, 232. Müntz, Tiare 77. Sobre las monedas obsidionales de los días del sacco, cf. Schulte, I, 212 s., 220 s.

(2) *Min. brev. 1527 I, vol. 14, n. 120; cf. Arm. 39, vol. 47, n. 114 (Forma XXX brevium ad episc. regni Neapolit.). V. ibid. los *poderes para Jo. Cusent. regis Neapolit. capell. majori et Nicol. Capuan. prael. dom. archiepisc., fechados á 3 de Julio de 1527, de vender la ciudad de Benevento, por haberse de hacer necesariamente acopio de dinero. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Corvisieri, Documenti, 9-19, pone el texto del documento. Sobre la colecta de la décima en Nápoles, v. Meister, Die Nuntiatur von Neapel en el Histor. Jahrbuch XIV, 73 s., donde con todo no se ha utilizado Galeota, Dei nunzii apost. di Napoli, 23 s.; hay aquí especialmente muchos pormenores sobre la nunciatura de Fabio Arcella.

(4) Cf. los *poderes de Clemente VII para Martinus a Portugallia, para

El hambre y la peste aumentaban entretanto en Roma hasta tal punto, que hacían imposible continuar permaneciendo en la Ciudad; quien no podía conquistar su pan por fuerza de armas, perecía de hambre, y las gentes se morían por las calles como moscas. Conforme á la relación de un veneciano, se contaron algunos días 500, y otros hasta 700 y aun 1000 defunciones. Por lo cual nadie pensaba ya en enterrar los cadáveres (1).

En tales circunstancias, las tropas españolas é italianas salieron de la Ciudad luego á mediados de Junio, situándose lo más lejos posible en sus alrededores. Los lansquenets continuaron, sin embargo, allí, amenazando con asesinar á todos los capitanes y reducir la ciudad á cenizas (2). El de Orange y Bemelberg se hallaban en muy difícil posición; finalmente, á 10 de Julio, lograron determinar á sus tropas, completamente indisciplinadas, á subir por la ribera del Tíber, para establecer sus reales en un sitio libre de la peste, y aguardar allí el dinero del Papa. Sólo en el castillo de Sant-Ángelo quedó todavía una guarnición (3).

El príncipe de Orange se dirigió á Sena con 150 jinetes, y Bemelberg y Schertlin von Burtenbach á Umbría, con los lansquenets. Los capitanes se hallaban casi totalmente impotentes ante sus amotinadas tropas; ya delante de Orte promovieron un tumulto los suspicaces soldados, y destruyeron la tienda de su general; y sólo con la amenaza de abandonar su puesto, hizo Bemelberg entrar en razón á los amotinados (4). Los habitantes de la pequeña ciudad de Narni se negaron á admitir aquellas feroces compañías y opusieron una desesperada resistencia; pero fueron cruelmente castigados (17 de Julio). «Con 2,000 lansquenets hemos dado el asalto, sin disparar un tiro; escribía Schertlin von Burtenbach; hemos conquistado la ciudad y el castillo por la gra-

exigir del clero portugués dinero para auxiliar al Papa, y por cierto, de los arzobispos y obispos dos diezmos enteros, de todos los demás clérigos según lo que puedan dar y el juicio de Martinus. D. Romae in arce 1527, IV Id. Iulii (= 12 de Julio) A° 4.º Regest. 1437, f. 387-389 del *Archivo secreto pontificio*.

(1) V. las vivas descripciones que hay en Sanuto XLVI, 141 y en Gayangos III, 2, n. 109.

(2) Naselli publicado por Balan, Mon. saec. XVI, 441-442.

(3) El *salvoconducto para los imperiales que se iban, lleva la fecha de 8 de Julio de 1527. Arm. 39, vol. 47, n. 140 del *Archivo secreto pontificio*. Sobre Bemelberg, cf. la monografía de Solger, Nördlingen 1870.

(4) Barthold, Frundsberg 477. Robert 129.

cia de Dios, y dado allí muerte á unas 1000 personas, hombres y mujeres» (1).

Lo intolerable de su situación hizo que el Papa, ya á mediados de Mayo (2), madurara el plan de enviar á Carlos V al cardenal Farnese, en compañía del embajador portugués D. Martín, además del General de los Franciscanos, Francisco Quiñones (3), que había sido ya diputado antes de la gran catástrofe, para dar calor al negocio de su libertad (4).

Para el citado cardenal se compuso una extensa instrucción, destinada á justificar la anterior política del Papa respecto de Carlos V (5); y luego que á 24 de Junio se hubo recibido la noti-

(1) Schertlins Leben 5. Alberini 355. Erolí, Il Sacco de' Borboni, en las *Miscell. stor. Narn. I*, Narni 1858, 16 s. Balan., *Storia VI*, 140. V. en el apéndice n.º 118 el *breve de 23 de Julio de 1527. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Cf. el *breve para August. card. Perusin. (Trivulzio), fechado á 20 de Mayo de 1527. *Min. brev. 1527, I*, vol. 14, n. 53, del *Archivo secreto pontificio*.

(3) Cf. *Wadding XVP*, 240 ss. y *Sanuto XLV*, 503.

(4) En 20 de Junio, Clemente VII anunció á los perusinos el envío de Farnese (v. el *breve en el *Cod. Vat. 7955. Biblioteca Vaticana*); cf. Gayangos, III, 2, n. 93, 94. Gregorovius, VIII, 564. En 26 de Junio, Clemente VII dirigió á Quiñones un *breve, en el cual le exhortaba á que intercediese con Carlos V, y le anunciaba el envío de Farnese. *Hortamur te, fili in Deo, ut fidem ei plenam in omnibus habere tuaque opera et consilio assistere et ubicumque poteris adesse... velis. *Min. brev. 1527, I*, vol. 14, n. 106. Para disponer en su favor al rey de Portugal, le concedió, en 23 de Junio de 1527, el derecho de nombramiento para los monasterios de su nación. *Corp. dipl. Port.*, II, 284 s. Sobre la recompensa dada á D. Martín, á cuyo envío se refiere el breve á Carlos V, que se halla en el *Archiv für Ref.-Gesch.*, II, 284 s., además de *Sanuto XLV*, 414, v. también la *carta de Canossa de 30 de Junio á Francisco I, que está en la *Biblioteca municipal de Verona*.

(5) La Instruccion al card. di Farnese, fué transcrita repetidas veces ya en el siglo xvi á causa de las muchas noticias políticas de gran valor que contiene, como lo demuestran las numerosas copias que se hallan en las bibliotecas italianas. Además del manuscrito de la *Biblioteca Corsini*, de que se ha servido Ranke, han de citarse: *Biblioteca Vaticana*, *Cod. Ottob. 2510 y 2514, Urb. 865, Vat. 8335, Capponi*, 148, II; *Biblioteca nacional de Florencia*, *Cod. Magliabech. y Caponi*, 1254; *Biblioteca de palacio de Viena*, *Cod. 6621*, p. 47-77 s.; *Biblioteca del Escorial* y *Archivo secreto pontificio*, *Var. Polit.*, X, 313 s. *Palavicini*, II, 13, fué el primero en utilizarla, según un manuscrito de la *Biblioteca Borghese*; Ranke la publicó en la primera edición de sus «*Römischen Päpste*» (III apéndice n.º 15, p. 241 s. de la 1 edición), pero la omitió más tarde, porque Weiss, *Pap. de Granvelle*, I, 280-310, la publicó. Ranke conjetura que la primera parte, en que se habla del Papa en tercera persona, fué compuesta por Giberti, ú otro confidente de Clemente VII, y la segunda, que comienza con las palabras, *Per non intrare in le cause, etc.*, por el mismo Papa. Por lo demás, la impresión de Weiss no es en modo alguno correcta.

cia del nacimiento del príncipe D. Felipe, que fué luego Felipe II, dirigió Clemente VII al Emperador un escrito de felicitación, en el cual no se olvidaba, al mismo tiempo, de hacer presente su triste situación, y rogar á Carlos V mostrara su agradecimiento para con Dios, poniendo en libertad al Vicario de Cristo (1).

La misión de Farnese desagradó á los comandantes imperiales, los cuales hubieran visto con más buenos ojos que fuese á España Schönberg con Moncada; pero Clemente VII no tenía en Schönberg, conocido por sus aficiones completamente imperiales, la confianza suficiente para encargarle semejante misión (2); así que, á 11 y 12 de Julio, se dispusieron los salvoconductos para D. Martín y el cardenal Farnese (3). El cardenal púsose desde luego en camino; pero se detuvo en el norte de Italia (4); y también el cardenal Salviati, que se hallaba todavía en Francia, declinó, con pretextos, la misión para el Emperador, que el Papa había pensado confiarle. Salviati transfirió aquel difícil encargo á Jacobo Girolami (5), y la instrucción para éste, de fecha 10 de Julio de 1527, que se conserva en el *Archivo secreto pontificio*, no da gran testimonio del talento diplomático del mencionado cardenal. Causa mucha extrañeza leer en ella la manera como Salviati se esfuerza, entre otras cosas, por demostrar que Clemente VII y Carlos V, nunca habían sido propiamente enemigos, y más bien cada uno había trabajado siempre en favor del otro. Entre los servicios negativos de su soberano, enumera Salviati con toda seriedad, no haber Clemente VII hecho al Emperador todo el daño que había estado en su mano. Al final apela á la magnanimidad del Emperador, poniéndole ante los ojos, que la libertad del Papa está también en su propio interés; pues, de esta suerte quedará el ejército imperial libre del cuidado de Roma, y podrá salir al encuentro á los franceses que penetraban en la Lombardía (6).

(1) Bucholtz, III, 80-81.

(2) Desjardins, II, 974.

(3) El salvoconducto para D. Martín, de 11 de Julio, se halla en *Villa*, 247 y 249, y el del 12 para Farnese, en *Min. brev.*, 1527, III, vol. 17, n. 230 del *Archivo secreto pontificio*. Aquí pertenece también el *breve al rey de Portugal, que se halle en el *Corp. dipl. Port.*, II, 298 s.

(4) V. Pieper, *Nuntiaturen*, 74; cf. *Sanuto XLVI*, 231.

(5) Girolami se puso en camino para España el 11 de Julio, v. Desjardins, II, 974. Es un error que Salviati fuese allá, como supone Hergenröther, *Konzi-liengesch.* IX, 539.

(6) *Nunziatura di Francia, I, f. 14-19 del *Archivo secreto pontificio*.

No era sólo Francisco I quien por entonces amenazaba á Carlos V; también Enrique VIII estaba resuelto á emplear todos sus recursos para restituir la libertad al Supremo Jerarca de la Iglesia; y la alianza entre ambos soberanos, que ya se manifestó en Abril de 1527 por el tratado de Westminster (1), se hizo todavía más estrecha bajo el influjo de los acaecimientos de Italia. El monarca inglés se obligó, á 29 de Mayo, á auxiliar al ejército francés con un subsidio mensual de 32,000 coronas, y luego dió plenos poderes al cardenal Wolsey para tratar con Francisco I de lo demás que debiera hacerse en orden á obtener la libertad del Papa. La causa de la Santa Sede, declaró Enrique VIII, era común á todos los príncipes, y las inauditas injurias que se le habían inferido, debían vengarse (2).

La solicitud que por la Santa Sede mostraba Enrique VIII, no era en manera alguna desinteresada; pues temía que el cautiverio del Papa pondría en peligro la disolución proyectada de su matrimonio con Catalina de Aragón, tía del Emperador; y también Wolsey procuraba aprovechar para sus propios fines la intervención en favor del Sumo Pontífice. A 3 de Julio salió de Londres el mencionado cardenal, con grande comitiva, para dirigirse á Francia (3); y en Cantorbery celebró el santo sacrificio de la misa ante el altar de Santo Tomás, mártir de la libertad eclesiástica, y como Legado pontificio y representante del Rey, publicó un decreto ordenando ayunos y procesiones para el tiempo de la cautividad del Papa. Una copia de este decreto se envió á Salviati para que lo publicara en Francia; lo propio debía hacerse en Venecia, y mediante esta acción se esperaba producir también grande impresión en España, y obligar por este camino al Emperador, mediante una conmoción popular, á poner en libertad al Jefe supremo de la Iglesia (4).

En Calais salió á dar la bienvenida á Wolsey el cardenal Juan de Lorena, que le acompañó luego hasta Amiens, donde se hallaba Francisco I. El 4 de Agosto recibió el rey de Francia al

(1) Cf. Bourrilly-de Vaissière, *Ambass. de Jean du Bellay*, XII.

(2) Rymer, *Foedera*, VI, II, 80; cf. Ciaconius, III, 467 s. y Bourrilly-de Vaissière, loc. cit., XIII.

(3) Sanuto XLV, 553.

(4) Cf. la **carta, que un compañero de Wolsey dirigió, en 16 de Julio de 1527, desde Calais, á los cardenales Cibo, Passerini y Ridolfi. *Archivo Ricci de Roma*.

cardenal inglés en dicha ciudad, con demostraciones de honra enteramente extraordinarias (1).

Colocábanse en esta entrevista tanto mayores esperanzas, cuanto que Francisco I, que hasta entonces se había portado con tanto descuido á pesar de todas las amonestaciones (2), desde la catástrofe de Roma parecía como transformado. En el primer instante se había llenado el Rey de consternación, y luego habíase decidido á obrar. Verdad es que tampoco á él movía tanto la solicitud por la libertad del Supremo Jerarca de la Iglesia, como el temor de la supremacía imperial, y la esperanza de obtener la libertad de sus hijos prisioneros. Ordenáronse grandes levadas de tropas; se expidió orden á la escuadra francesa del Mediterráneo para que prohibiera á todo trance que el Papa fuese conducido á España; se tomó al servicio de Francia á Andrés Doria con ocho galeras, y diéronse á Lautrec las más amplias facultades para dirigir la guerra en Italia; luego á 30 de Junio abandonó este general la Corte francesa, para dirigirse al ejército que se reunía en las cercanías de Asti (3). «Así, escribía Salviati á Castiglione, que se hallaba como Nuncio al lado de Carlos V, esta victoria, ó mejor dicho, este asesinato de Roma, no ha aprovechado mucho al Emperador, sino excitado más bien á los príncipes á proceder contra él con tanto mayor esfuerzo. ¡Y de todo esto, añade atribulado, la pobre Italia habrá de pagar las costas!» (4)

Wolsey se entregaba entretanto, en Amiens, á largas deliberaciones con Francisco I, Salviati, el nuncio de Inglaterra Gam-

(1) Sanuto XLV, 632 s., XLVI, 34. Decrue, *Anne de Montmorency* 94. Cavendish, *Wolsey*, 86-103. Cf. también la *carta del cardenal Salviati, fechada en Amiens á 16 de Agosto de 1527. *Nunziatura di Francia*, I, f. 34 del *Archivo secreto pontificio*.

(2) Ya en 28 de Noviembre de 1526, en una *carta enviada directamente á Francisco I, Canossa había manifestado recelo de que los imperiales marcharan en derecha á Roma. En 9 de Enero de 1527, escribía Canossa con motivo de las enormes pretensiones de Lannoy: Si V. M. no ayuda al Papa, debe éste ó huir de Roma ó caer prisionero. De estas *cartas quedan copias en la *Biblioteca municipal de Verona*.

(3) Cf. Desjardins, II, 950 ss., 955 s., 965, 974; Decrue, *Anne de Montmorency*, 91-92. Sobre los preparativos de Francia y partida de Lautrec da cuenta el *cardenal Salviati á Jacobo Salviati en 17 de Junio de 1527, y á *Castiglione en 3 de Julio de 1527. *Nunziatura di Francia*, I, f. 6-7 y 9 del *Archivo secreto pontificio*.

(4) El *cardenal Salviati al nuncio cerca del emperador, en 8 de Junio de 1527 (*Archivo secreto pontificio*); v. apéndice n.º 116.